

ERA EL CIELO

Sergio Bizzio

ERA EL CIELO

INTERZONA

INTERZONA

Bizzio, Sergio

Era el cielo / Sergio Bizzio. - 3a ed. - Buenos Aires : Interzona

Editora, 2017.

192 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-3874-62-8

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título

CDD A863

© Sergio Bizzio, 2007

© interZona editora, 2007-2017

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Primera edición, Buenos Aires, interZona, 2007

Segunda edición, Buenos Aires, interZona, 2011

Tercera edición, Buenos Aires, interZona, 2017

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Shutterstock

Corrección: Lorena Sinso

ISBN 978-987-3874-62-8

Libro de edición argentina

Impreso en China. *Printed in China*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRIMERA PARTE

Cuando llegué, dos hombres violaban a mi mujer. La escena me impactó con dosis iguales de incredulidad y de violencia, como si un niño acabara de golpearme con la fuerza de un gigante. Uno de los hombres, con el pantalón desabrochado, de pie frente a Diana, que estaba de rodillas, la sujetaba de la nuca con la misma mano en la que tenía un cuchillo, obligándola a hundir la cara en su entrepierna, mientras que el otro, desde atrás, inclinado sobre ella, le desprendía los botones del vestido.

Me paralicé en una torsión extraña, con las piernas a mitad de camino entre un paso y otro. Ahora escribo, selecciono y reconstruyo, y quizá sea esta la única torsión extraña (verdadera), pero en aquel momento apenas si pude creer lo que veía; sentí la misma combinación de vértigo y lentitud, de morosidad y agitación que sienten los que acaban de sufrir un accidente y moví la cabeza allá y aquí acompañando el recorrido de mis ojos por el cuadro como si la imagen fotográfica de ese primer vistazo hubiera estallado, ampliándose hasta volverse inabarcable. Después, por fin, me aparté de la ventana y pegué la espalda a la pared.

Lo primero que pensé fue que, si me veían, Diana podía morir. Una serie de molestias menores (un reborde en la cerradura que

dificultaba el paso de la llave; el zigzaguo por un living sobrepoblado de muebles, mesas, lámparas, sillas y sillones, para llegar a la cocina, cuando podía ir directamente hacia allí entrando por el pasillo exterior que bordea la casa) evitó que apareciera de pronto en la habitación, pero la ironía de que fuera una suerte no haberme encontrado cara a cara con ellos era tan leve que no la capté; en ese momento tuve miedo de que los latidos de mi corazón pudieran oírse a través de la pared. Todavía inmóvil, retrocedí mentalmente hacia la escena y noté que algo me había impactado más allá de la violación en sí misma: la suavidad, la trataban *con suavidad*. Eso, por increíble que parezca, anuló en mí todo impulso, toda espontaneidad, cualquiera de los muchos recursos a los que el lector echaría mano sin dudar y por lo cual decidirá que soy abyecto. La suavidad destilaba amenaza —enmascaraba una violencia capaz de dominar a su víctima desde la lógica, haciéndole entender que lo terrible ya ocurrió y reduciendo su resistencia al mínimo, a pequeños gestos y súplicas que son como los estremecimientos de un mal recuerdo—, pero también la promesa de que no iba a pasar nada horrible, nada horrible *más*. No había gritos ni grandes forcejeos. A los “no” y los “por favor” de Diana seguían unos “shh” menos pesados que el aire y aun así con una enorme capacidad para aplastar.

Volví a asomarme. La perspectiva, por entre las cortinas, me permitía verlos de cuerpo entero. Estaban a cuatro o cinco metros de la ventana, junto a la puerta del dormitorio, donde no había ningún desorden, excepto en la cama: la manta y las sábanas colgaban por un costado con los pliegues intactos, como una chorreadura de lava; probablemente la habían sorprendido en el living y la habían arrastrado hasta allí, de donde Diana intentó escapar. Los mínimos cambios que se habían producido mientras permanecí de espaldas contra la pared me apabullaron. El pantalón del hombre que estaba de pie había caído. Tenía piernas musculosas y ofensivamente pálidas y llevaba puesto un calzoncillo muy ajustado, estampado

con flores rojas, contra el que empujaba la cara de Diana. El segundo hombre le había quitado el corpiño y ahora le acariciaba los pezones con la punta de los dedos. Ya no se inclinaba sobre ella; estaba de rodillas, en la misma posición que Diana, apretándole desde atrás las piernas con las suyas. Por momentos enterraba la cabeza en su pelo y el cuchillo del primer hombre le rozaba la frente.

Nunca los había visto antes. Debían tener unos treinta años. Registré el dato con un escalofrío: eran bastante más jóvenes que Diana. El que estaba de pie era rubio, pálido, fibroso, enérgico. Mantenía la vista fija en la boca de Diana y se bamboleaba muy despacio adelante y atrás, con un sigilo de cazador que se cuida de espantar a su presa y que disfruta más de la maestría con que se acerca a ella que con su muerte. El otro tenía la cabeza rapada. Usaba sandalias de cuero y se agitaba sobre la espalda de Diana como un contrabajista.

Ninguno de los dos parecía nervioso o apurado. Pero a cualquier variante seguía una refriega, una lucha milimétrica que reavivaba mi temor a que la golpearan o la hirieran. Me aparté, respiré, volví a mirar. El hombre de la cabeza rapada la agarró de la cintura y la arrancó de la entrepierna del rubio para hacerla girar hacia él. Diana se incorporó de un salto, tironeando y sacudiéndose. Suplicó que la dejaran. El rubio la agarró de los brazos y, mientras el otro le quitaba el vestido, le dijo algo al oído; quizá le ordenó quedarse quieta, o le prometió que iba a ser rápido. Entonces Diana quiso llevarse las manos a la cara, pero el rubio seguía sujetándola de los brazos desde atrás; vi en sus ojos la necesidad de cubrirse y el desconcierto de no poder hacerlo y estuve a punto de gritar. Un momento después el hombre de la cabeza rapada le sacó la bombacha y Diana, ahora completamente desnuda, pareció rendirse.

La llevaron a la cama. La llevaron con el mismo aire de cortesía funcional con que se lleva a un anciano hasta su mecedora frente al jardín. Allí hubo un nuevo forcejeo: los hombres la soltaron al

mismo tiempo (el rubio para bajarse el calzoncillo y el rapado para bajarse el pantalón) y Diana se escabulló y corrió hasta la puerta, donde volvieron a atraparla. Cayeron los tres al suelo. Durante un momento nadie se movió ni dijo nada. Se quedaron quietos, mudos, respirando agitadamente, desarticulados, agarrados unos a otros, con las ropas a medio quitar, hasta que el rubio sacó un brazo del amasijo que eran y apoyó el cuchillo sobre los dientes de Diana, metiéndolo de canto entre sus labios. Le dijo algo y Diana asintió. La llevaron de vuelta a la cama. La acostaron boca arriba. El tipo de la cabeza rapada le abrió las piernas, se arrodilló entre ellas y dejó caer lentamente la boca sobre su sexo. Diana se arqueó.

El rubio la tenía agarrada de las muñecas y la miraba con aire melancólico, sin lascivia. Parecía haber descubierto un abismo entre la piel de Diana –levemente bronceada, apenas más blanca sobre los huesos al curvarse– y la sensibilidad de sus manos. Y de pronto, como si hubiera saltado ese abismo un minuto atrás y recién ahora, ya en el aire, decidiera alcanzarla, le apoyó las manos sobre las costillas y las deslizó arriba y abajo muy despacio, una y otra vez, sin dejar de admirar ni por un segundo la voracidad con que el rapado la chupaba. Después agarró una mano de Diana y la llevó hasta su entrepierna. Al tocarlo Diana encogió el brazo, pero el rubio repitió la operación. Esta vez le mantuvo agarrada la mano con fuerza hasta que notó que Diana ya no la quitaría.

Me aparté otra vez. El rubio había dejado el cuchillo. Supuse que no sabía muy bien dónde (si a su izquierda o a su derecha) y calculé cuánto le llevaría encontrarlo si yo entraba de golpe a la habitación. Un segundo, a lo mejor dos, palpando rápidamente a un lado y a otro, pero ¿qué iba a hacer una vez adentro? Me agaché, pasé por debajo de la ventana y fui hasta el fondo de la casa. Alcé una piedra, volví a dejarla. En la parrilla había una serie de instrumentos de asador que alguna vez me regaló Diana, todos cromados, todos del mismo largo y todos igualmente inútiles. Agarré el atizador, lo sacudí en el aire y entré a la casa.

Me detuve al oír gemidos. Por entre los gemidos roncOS y ahogados de uno de los hombres oí también un gemido de Diana, más débil y sinuoso y que aparecía y se perdía y volvía a aparecer, enroscado a los gemidos del hombre como un hilo apenas más angosto entre los cientos de hilos de un cable de acero. Eso bastó para aumentar el peso del hierro en mi mano; entendí que no alcanzaría a dar más de un golpe antes de que se echaran sobre mí, incluso aquel que lo recibiera. No tenía ni la mitad de la fuerza y la agilidad que tenían ellos. Nos matarían. Retrocedí, volví sobre mis pasos. Ahora el tipo de la cabeza rapada penetraba a Diana con enviones cada vez más rápidos. Acabó en silencio unos segundos después, apretando las mandíbulas, y el rubio ocupó su lugar. Cambiaron de posición sin ansiedad, e incluso con un cierto aplomo, como actores de cine porno. Diana obedeció a la presión de las manos del rubio y se dio vuelta. El rubio le indicó que se pusiera en cuatro patas. Después la agarró de la cintura y durante un momento se frotó literalmente contra sus nalgas, hasta que dejó de moverse. Parecía contrariado. El tipo de la cabeza rapada, sentado en el borde de la cama, con los codos sobre las piernas, brillante de sudor, giró para ver qué pasaba. Por un instante pensé que me habían visto y en lugar de apartarme confié en mi inmovilidad: más tarde, si todo salía “bien”, cuando los hombres ya se hubieran ido, uno de ellos registraría de pronto mi silueta en la ventana... Pero la razón de la pausa era menos prosaica de lo que temí: el rubio estiró un brazo, agarró el cuchillo y recién entonces recuperó la erección. La penetró por atrás. Diana alzó la cabeza, la dejó caer. Apoyada sobre los codos, a cada envión del rubio su pelo rozaba la cama.

Desvié la vista y miré alrededor. Miré nada más que para asegurarme de estar ahí. Hacía varios días que el cielo estaba limpio y que el sol proyectaba las mismas sombras, de las que yo empezaba a ser parte. Pensé, con ánimo de creerlo, que en el fondo era Diana quien manejaba la situación: en la medida en que no

podía hacer otra cosa, dosificaba su resistencia y su entrega, el volumen de su sometimiento. La idea me sonó absurda, entonces tanto como ahora; no atenuó mi angustia ni justificó mi inacción, no me *sirvió*. Sentí también el viento del ala de lo absurdo al recordar –como si fuera algo lejano– que hacía apenas una semana que estábamos juntos de nuevo. Durante los dos años que estuvimos separados no había dejado de pensar un solo día en la posibilidad de volver con ella. Diana era la única persona del mundo con la que yo me sentía realmente seguro. Después de una década de matrimonio, la seguridad es un estado tanto o más valioso que el estímulo intelectual o el deseo sexual. Tengo cuarenta y tres años, empiezo a valorar esa clase de cosas. Por lo demás, el futuro se ha ido angostando hasta volverse visible: una franja de tiempo que en teoría es menor a lo que viví y en la que ya no hay lugar para lo que me gustaría vivir. En esas cosas pensé, desordenadamente.

Cuando volví a mirar Diana estaba sola.

No podía decirle que lo había visto todo. Pero si dejaba que me lo dijera ella no podría evitar la indignidad de fingir sorpresa, violencia o desesperación. ¿Era mejor decirle que había sido un cobarde, que había estado todo el tiempo ahí? ¿Eso hubiera sido el fin de mi vida con Diana, con Julián, hubiera sido el final de lo que vine a buscar? Eché un último vistazo hacia adentro y supe que lo que haría era aplazar el engaño.

Diana estaba bien. Había una cierta vitalidad tranquilizadora en la forma en que se levantó y se sentó en la cama, e incluso durante los pocos segundos que permaneció quieta, pensativa, con las manos sobre las piernas, como decidiendo si terminaba de levantarse o empezaba a llorar. ¿Estaba pensando en hacer la denuncia –Diana es una autora de libros infantiles bastante famosa; su violación podía resultar el tema del mes–, pensaba en ella, en mí, en cómo me lo diría a mí? Negó en silencio con

la cabeza como si efectivamente hubiera algo que pensar y ella acabara de hacerlo, de repasar y rearmar los momentos previos al ataque de la misma forma en que ahora lo hago yo, aunque incluso en aquel momento me pareció evidente que su repaso iba más allá que el mío, un mero reborde en la cerradura. Tuve la impresión de que estaba menos angustiada que enojada. De pronto se estremeció, se estremeció brevemente, como si algo la hubiera asqueado, y su pie izquierdo, que hasta ese momento estaba apoyado sobre la punta de los dedos, se deslizó hacia adelante y pisó el suelo con fuerza, revolviéndose y acomodándose como en un mundo nuevo. Después de unos segundos de inmovilidad se apoyó en ese pie para levantarse, agarró el vestido y salió del cuarto a paso rápido.

Me aparté de la ventana y volví por donde había llegado. Eran las cuatro de la tarde. A las cinco Julián salía del colegio. Diana y yo habíamos acordado que esa tarde iría a buscarlo ella. Sabía que Diana no sería capaz de ir y que de un momento a otro me llamaría para pedirme que lo hiciera yo, y me vino a la mente —*cayó* en mi mente, como una piedra, provocando un oleaje que bañó de terror las costas en miniatura de mi vida— la imagen de Julián entrando por primera vez al departamento que alquilé cuando Diana y yo nos separamos, dos años atrás.

—Me gustan las cosas nuevas. Me gusta ese árbol —dijo.

“Lo nuevo” estaba referido al hecho de que el departamento *era* nuevo: fui el primer inquilino que vivió allí. “El árbol” era un viejo paraíso ennegrecido y en aquel momento —invierno— sin hojas: la copa, una red de ramas retorcidas, con nudillos inflamados y cortezas reseca y ahuecadas, daba de lleno sobre la ventana del living, como un espectro: prometía para el verano, ya florecido, el alivio de su sombra, pero en ese momento no era más que una sombra en sí mismo. La aprobación de Julián me conmovió.

Recién entonces –curiosamente, porque Diana y yo habíamos hablado de separarnos durante meses– caí en la cuenta de que ya no vivía con él.

Mi hijo, el ser más amado, el hombrecito que sostenía el sentido del mundo, se sentó en el suelo, ajeno a mi angustia, y sacó de la mochila del colegio una nave espacial sin cabina, sin puertas, completamente sellada, con luces titilantes en las alas. Después metió de nuevo la mano en la mochila, revolvió un poco (los niños confían en el tacto y en la vista por igual, pero le dejan las tareas más fáciles al tacto) y sacó un superhéroe inarticulado y demasiado grande para la nave. A pesar de todas esas dificultades –la nave pequeña y sellada y el superhéroe inmenso– los acopló con la misma fluidez con la que él mismo prometía acoplarse a la nueva situación. Lo único que tuvo que hacer para que el juego resultara exitoso fue un sonido de turbinas con la boca, y creer en él.

No me alejé de la casa; caminé por los alrededores, aturdido como alguien que vaga sin rumbo por entre las ruinas en el lugar de un atentado. Hasta que Diana llamó a mi celular y me preguntó si podía ir a buscar a Julián. Se disculpó por llamarme a último momento. ¿Llegaba? Le dije que sí y le pregunté qué había pasado.

Diana hizo una pausa.

Esperé su respuesta con la ansiedad de un paciente que acaba de entregarle a su oncólogo un sobre con los resultados de un chequeo de rutina, con la expectativa de un adicto que es dejado a solas junto a un mueble con muchos cajoncitos.

—¿Pasa algo? —repetí.

—Me llamó Elisa —dijo por fin. Ningún signo en la voz, ninguna fisura—. Quiere verme y le dije que sí, parece urgente.

De modo que no pensaba decírmelo, al menos por el momento.

—Diana... —vacilé. Me cuesta escribir lo que dije; fue un susurro, pero en el tono hubo montañas de complicidad y un lago de dolor

en el que un extraño hundía los remos sin apuro—: ¿Alguna vez te dije que te quiero?

Ella hizo una rápida pausa:

—Tonto —dijo.

No era para nada la clase de términos que usaba Diana, fuera de sus libros. En una conversación cualquiera su equivalente a “tonto” era un chasquido acompañado por una sonrisa y un giro en cámara lenta de la cabeza. El acuerdo cariñoso que esa palabra tenía o podía tener entre nosotros me resultó chirriante.

Apenas Julián salió del colegio (verlo me rompió el corazón: de pronto era un chico que no sabía nada sobre sus padres) lo invité al cine. Me dijo que prefería jugar al tenis. En el club alquilé dos raquetas y un tubo de pelotas y fuimos al frontón. Tuvimos que esperar un rato porque había seis adolescentes ocupándolo, tres chicos y tres chicas, que jugaban por turnos. Habíamos comprado una Pepsi con dos pajitas y nos sentamos en el pasto a esperar que terminaran. “Mi pajita es la que está torcida”, aclaró Julián para que no se la usara. Sólo uno de los seis chicos jugaba bien y se pavoneaba ante los demás subrayando su estilo hasta la caricatura, daba golpes más fuertes de lo necesario y emitía el típico grito ahogado de los tenistas profesionales. Cuando por fin se fueron Julián jugó un poco desmañadamente, quizá por reacción al estilo sobreactuado del chico, como si no quisiera parecerse en absoluto a él, o quizá porque el uniforme del colegio lo incomodaba...

Yo tenía treinta y siete años cuando nació Julián y recuerdo que en los meses previos a su nacimiento me dolía la idea de ser un padre demasiado viejo para él. Pensaba que mi agilidad no iba a estar a la altura de sus juegos, que mi resistencia física no alcanzaría a cubrir su necesidad de acción. No fue así. Incluso tuve más ánimo y más fuerzas que nunca. Hasta esa tarde. Esa tarde tuve mi edad.

Julián dejó de jugar enseguida. A unos treinta metros del frontón dos hombres cortaban un árbol. Nos acercamos a ver. Uno

de ellos tiraba de la soga con la que había enlazado la rama que el otro cortaba por la base, con una motosierra. “Si la rama se le cae encima lo mata”, comentó Julián. Le dije que no había ningún peligro, que sabían lo que hacían. “¿Eso hay que saber hacerlo?”, me preguntó. Consideré las posibilidades de la pregunta, como si la hubiera hecho un adulto más o menos irónico, y le dije que sí. La rama se quebró y cayó muy despacio, pero el crujido de la madera rompiéndose no se apagó hasta que la rama pegó en el suelo, e incluso hasta unos cuantos segundos después.

Abrí la puerta de casa y Julián fue corriendo a prender la computadora. Yo avancé por el living lentamente.

—¿Diana? —llamé.

Entré al cuarto. La cama estaba tendida y no había nada fuera de lugar. Me impresionó darme cuenta de que *en ningún momento* hubo nada fuera de lugar, y que a Diana le bastó tender la manta y alisar los pliegues con una mano para borrar las huellas de lo que había pasado. Miré hacia la ventana. Ahí estaba yo un par de horas atrás. Sin embargo no me había retirado del todo, y a lo mejor no tendría nunca la fuerza suficiente para apartarme completamente de allí.

Me senté en la cama. Desde el cuarto de al lado llegaba el sonido del juego de computadora: aceleraciones, una sirena monocorde, golpes en las teclas y la voz de Julián gritando a intervalos irregulares “¡No!”, “¡Sí!”, “¡Eso!”.

De pronto me sentí agotado.

La frente es el lugar del cuerpo donde siento el cansancio con más nitidez. No en toda la frente: es un sector circular, ubicado por encima del entrecejo, que se angosta y extiende a izquierda y derecha, hasta tocar las sienes, formando la figura de una persona

con los brazos abiertos sobre el respaldo de un sofá. No es un cansancio plácido, sin embargo, ni exclusivamente físico. Es como si supiera lo que va a ocurrir mañana y no me interesara...

Y al mismo tiempo, si lo pienso, cada mañana cuando me levanto, o mejor aún, a la noche, antes de acostarme, añoro la dulzura del cansancio como resultado de un día activo, impulsado hacia la cima de cualquier cosa, por cualquier cosa que justifique el trayecto. Un hombre sube una montaña de polvo porque sabe que arriba hay algo sólido, o útil, o apenas distinto del polvo. Yo fui ese hombre. La indiferencia, mi indiferencia por lo que vendrá, es lo que siente la figura del sofá en su propia frente, por encima del entrecejo, extendiéndose a izquierda y derecha y formando otra figura, también sentada. No es una serie, ni va al infinito. Termina ahí. La figura del cansancio en la figura de mi cansancio. Pero mientras que yo sé lo que va a ocurrir mañana, la figura lo ignora y no por eso siente menos cansancio que yo. Este es el que soy ahora.

Cuando abrí los ojos ya era de noche. Julián me había agarrado de un hombro con las dos manos y me sacudía con fuerza, aun después de haberme despertado. Lo miré. Seguía sacudiéndome.

—Dice mami que vengas a comer...

Tuve la impresión de que no había oído nunca nada tan raro en toda mi vida.

Después de dos años de ausencia la mucama me miraba como a un intruso. Diana y yo nos habíamos habituado rápidamente a estar juntos otra vez, pero la mucama me seguía con la mirada y yo tenía la sensación de que esperaba a que Diana reaccionara de una vez por todas y me preguntara quién era y qué estaba haciendo ahí. Esa noche, cuando entré a la cocina (la mucama trasladaba algo en un cucharón desde una olla hasta un plato en las manos de Diana), fue la primera en levantar la vista hacia mí. Diana no me miró hasta que la besé.

La cena fue breve, pero hicimos un esfuerzo tan grande por copiar los tonos y la modulación de una cena cualquiera que pareció eterna. Las intervenciones de Julián, sus comentarios a nuestros comentarios, o sus juegos (inclinarse la silla hacia atrás y balancearla sobre las patas traseras, meter un muñequito por el pico de la botella de agua) eran lo único que restituía el tiempo real, acelerándolo. Diana no sabía que yo lo sabía, por supuesto, pero yo no sabía por qué no lo decía. Y no parecía dispuesta a hacerlo. Toda nuestra afectación de cotidianeidad estaba surcada de chisporroteos y latidos, como una tormenta a través de una cortina, pero sólo Diana podía preguntar sin temor qué era lo que pasaba y aceptar mi respuesta como una verdad. Cuando lo hizo, menos intrigada por mi silencio que para descomprimir su propia tensión, le dije que Bardem, el productor español para el que había estado trabajando por correo electrónico durante los últimos meses, quería que fuera para allá. Tenía que irme dentro de veinte días. El terror que sentía por los aviones le bastó a Diana para entender qué era lo que me pasaba; me sonrió y me preguntó por qué se lo contaba recién ahora. “Querida, vine antes para eso, dejé todo para venir a contártelo, pero cuando llegué te estaban violando y no supe qué hacer. De hecho no hice nada... aparte de mirar. Me siento muy mal por eso, casi más que por lo que te pasó. Esa es la razón por la cual te lo digo recién ahora. ¿Podrías llevar a Julián a su cuarto y volver sola? Me encantaría morirme, pero no quisiera que él esté presente.” Me encogí de hombros y le dije que no estaba seguro de poder subir a un avión.

—¿Otra vez con eso? —dijo Diana como si le hablara a un niño que insiste con usar la afeitadora del padre (o la ropa de la madre).

Después se levantó, me dio un beso en la sien (apoyó su mano en el respaldo de mi silla, no sobre mi hombro) y dijo que iba a acostarse. No se sentía bien. Le pregunté si quería que llamara a un médico. Ella frunció el ceño, un gesto que volvía exagerada mi pregunta, y dijo que no, que lo único que necesitaba era descansar un poco.

Dos horas después, cuando Julián se durmió, abrí la puerta del cuarto milimétricamente, me quité los zapatos y la ropa y me metí en la cama tratando de no despertarla, aunque sabía que fingía dormir. Hacíamos el mismo número en las semanas previas a la separación. Con la diferencia de que en ese último tiempo juntos yo casi no dormía, me mantenía flotando entre el sueño y la vigilia, atento a sus movimientos en la cama, a sus cambios de posición. Dormía “a la expectativa”. ¿Por qué no me abraza? ¿Va a abrazarme si me doy vuelta, si le doy la espalda? Reconozco una cierta coreografía del sueño en mis relaciones largas (en las relaciones ocasionales no hay nada aparte de tanteo y desconcierto y, desde luego, la búsqueda de la propia comodidad). Me bastaba un leve roce de la punta de los dedos sobre su vientre para que ella girara hacia mí, no importaba cuán dormida estuviera. Me *sentía*. Mucho tiempo después me preguntaba todavía cómo era posible que sucediera algo así, no tanto que ella sintiera el roce de mis dedos (eso, incluso para un cínico, es amor) como el hecho de que yo mismo lo advirtiera y lo recordara y no estuviera en ese momento con ella... Es más, Diana fue la primera que hizo el gesto. Y yo lo adopté. No como un imitador (como un estudiante de teatro que, sentado en primera fila, mira la mala versión de una obra pésima aplaudida por la crítica y se abisma en la fe de que él también debe actuar así, en lugar de levantarse e irse) sino con devoción, suspendido a todo lo largo y ancho de mi ser.

Entonces Diana recogía su pelo para que yo metiera la cara en su cuello. Y lo hacía todas las noches. Todas. Todas las noches. Yo le pasaba un brazo por la cintura, cruzaba el otro sobre su pecho para tomarle un hombro, y ella se acurrucaba en mí con un bamboleo tan dulce y tan suave que te hacía pensar en el viento.

Y al revés, cuando yo le daba la espalda (bastante menos sutilmente que ella, y no lo digo por cortesía) se pegaba a mí con un brazo extendido sobre mis piernas, cubriéndome una rodilla con la mano. Cualquier alteración de esa rutina podía despertarnos.

Pero llegó un momento en el que ya sólo nos abrazábamos cuando coincidíamos de frente, como si el abrazo no fuera más que el resultado de un encuentro casual.

“Salgo del agujero donde duermo”, dice una línea de Apollinaire. Esa fue mi sensación por la mañana, apenas me desperté.

Dije “la mañana”, pero el abanico de lo superfluo era mucho más amplio de lo que pensé: todavía era de noche. El motor de un auto rasgó los últimos segundos de confusión...

Diana dormía boca arriba. Saqué un pie de la cama y cuando lo apoyé en el suelo entreabrió los ojos; dos ranuras en la oscuridad. Enseguida volvió a cerrarlos. Apoyé el otro pie y salí del cuarto.

En la cocina encontré el frasco de plástico en el que Julián guarda algunos de sus juguetes. Le quité la tapa y volqué el contenido sobre la mesa: un marcianito amarillo limón con un gancho de metal en la cabeza... un perro de tres colores... un escorpión morado... una hormiga sin abdomen, con ojos de calcomanía y manos en forma de tenaza... un gusanito verde enroscado en la cola de un tigre... un caracol sonriente, de antenas redondeadas, con un libro en la mano... un guardián de zoológico con un traje verde y un gorro calzado hasta las cejas... un tractor sin ruedas... un ratón con los brazos abiertos, como si acabara de ver a alguien o algo muy querido... un boomerang de plástico lila... un extraño hongo gris con cara humana... un monstruo morado con la boca abierta y la cola en llamas...

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo dice?

Julián apareció en la cocina con el pelo revuelto. Se sentó sobre mis piernas, apoyó una mejilla sobre mi pecho y después de un momento de silencio (ese momento al comienzo del día en el que uno paladea la dicha de tener al otro) me contó un sueño de caída y

me preguntó si yo sentía lo mismo que él. “¿Qué?” Para contar lo que sentía se sacudió, se estremeció. Le dije que sí, que yo sentía lo mismo. Recuerdo perfectamente la sensación de los sueños de caída. Le conté que siempre me despertaba un segundo antes de estrellarme contra el suelo. Julián pareció sorprendido. Alzó la cara, me miró y me dijo que él no se despierta, que él se estrella contra el suelo y se levanta y sale caminando.

Desde que Julián empezó a caminar, era la primera vez que Diana se despertaba después que él. En general se vestía antes de salir del cuarto, quiero decir *completamente*, con la ropa que pensaba usar durante el resto del día, o con una bata si es que se duchaba antes del desayuno y no después; ahora llevaba puesta nada más que la bombacha y una remera sin corpiño; se había pasado un peine por el pelo. Nos dio un beso a Julián y a mí y entre un bostezo y otro dijo que hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente y que a pesar de eso se sentía como si la hubieran apaleado. Me levanté y le serví café. Cuando volví a sentarme —no antes, como si fuera un asunto que debiera tratarse a no más de medio metro de distancia— me preguntó por los detalles del viaje. Le respondí en desorden: tendría que estar allá un par de semanas, trabajar un poco en el guión antes del comienzo de la preproducción, etcétera. Diana dijo:

—¿Qué pasa si no vas?

—No sé. Una de las cláusulas dice que estoy a disposición del productor...

Diana bajó la vista, aplastó una cascarita de pan con un dedo y volvió a mirarme, pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —dijo ella con aire despreocupado. Yo negué en silencio con la cabeza—. ¿Tienen a la protagonista?

—Creo que sí. ¿Vendrías conmigo?

—Julián no puede faltar dos semanas al colegio...

—¡Sííí! —dijo Julián.

—Además tu problema no es ir solo, tu problema es el... —dijo “avión” moviendo los labios en silencio; no quería que Julián supiera que a su padre lo aterraba volar, no quería transmitirle ninguno de mis miedos, que eran decenas. No me extrañaría que después de años de palabras escamoteadas Julián terminara teniéndole miedo a las elipsis—. Me dijo Elisa que su hermano hizo una vez un curso para volar. ¿Quieres que te averigüe?

—¿Voló?

—Sí.

—¿Volvió?

—¿Cómo?

—Si pudo volver...

El problema de ir —para mí— es que después hay que volver. Los viajes siempre son dobles, tienen reverso, se completan cuando uno regresa al punto de partida; nunca se trata de un solo vuelo, a menos que uno sepa que no va a volver, con lo cual la mitad de un viaje resulta ser *todo* el viaje. Yo no cuento con ese alivio. Mis viajes de ida se adensaron siempre por la cara en sombras del regreso: ¿y si soy capaz de ir, pero no de volver? Así que todavía no he partido y empiezo a considerar la vuelta, de manera tal que mucho antes de que mueva un dedo ya se ha producido una colisión.

Diana se sonrió, se puso el pelo detrás de las orejas y se inclinó sobre un dibujo que Julián había empezado un minuto atrás: monstruos, monstruos silenciosos, monstruos articulados silenciosos. Siempre me había gustado la honestidad de la atención que Diana le dedicaba a Julián; esta vez percibí una sombra de condescendencia, quizá proyectada por lo que yo mismo había visto y sobre lo que Diana guardaba silencio. Pero sus pupilas, siguiendo las líneas que Julián trazaba en el papel, iban a otra velocidad, o más rápido o más lentas o en la dirección opuesta; sus comentarios sonaban forzados y a veces sus respuestas se demoraban tanto que Julián tenía que repetir la pregunta.

Lo primero que hizo el Dr. Rodolfo Comas (médico psiquiatra) fue poner, con un movimiento de las manos ahuecadas, como si trasladara un puñado de aire por encima del escritorio, al miedo de un lado y a las fobias del otro. “El miedo, del latín *metus*—dijo—, *se mete* en la persona por sí mismo, o por la acción de un tercero, en tanto que fobia es un sufijo que nosotros los... aplicamos específicamente a los temores íntimos proyectados a un objeto exterior.” Y aunque no hacía ni dos minutos que estaba allí ya me miró como preguntándome si lo seguía. Asentí. Debía tener unos cincuenta años, dos hijos, a lo mejor tres, un piso en Belgrano con muchos libros, con muebles laqueados, dinero en el exterior, un Subaru verde musgo (con portaequipajes), un amigo de la infancia (excedido de peso), un departamento en la costa y no mucho más. Era simpático, pulcro, meticuloso, vestía un saco color crema, camisa blanca y una corbata patológicamente rayada sobre la que de tanto en tanto apoyaba los dedos, como para asegurarse de que seguía allí; hablaba con voz suave, en tono amistoso. En la pared, a su espalda, colgaban dos diplomas; el de la izquierda lo acreditaba como miembro internacional de la American Psychiatric Association y el de la derecha de la Association for Cognitive Psychotherapy, ambos de marco patinado.

Era también, y ahora principalmente, el fundador y coordinador de un equipo profesional multidisciplinario llamado “Volar sin miedo” y un disertante habitual de la industria farmacéutica en programas de actualización médica, que era lo que más me importaba a mí: el fármaco, los efectos de la fórmula del fármaco.

—Yo puedo volar, lo que no puedo es subirme a un avión —dije en determinado momento.

—Es lo que te estoy diciendo —me tuteó el Dr. Comas—. ¿Sabés quién es Damocles?

—¿El de la espada?

—Exacto. Hipócrates notó un día que Damocles no podía estar al lado de un pozo, pero que sí podía entrar en él... en el pozo. Acá pasa lo mismo. Es decir, el miedo no alude al verbo sino al objeto, no alude al verbo “volar” sino al avión.

—El problema es que no hay otra manera de volar...

El Dr. Comas se sonrió y me pidió tranquilidad con un gesto de las manos abiertas, como si empujara hacia mí las dos montañitas de aire que había dispuesto sobre el escritorio al comienzo del encuentro. Acto seguido, levemente molesto con los zigzagueos de la entrevista, dio vuelta la página hacia atrás y me explicó en qué consistía el curso: cuatro sesiones de una hora y media cada una, siguiendo un programa que combinaba información técnica sobre el avión, simulador de vuelo, técnicas de respiración y psicotrópicos. Tuve la impresión de que no faltaba nada. No obstante, al cabo de una media hora de hurgar en la terraza de mi psicología y en mis pasadas experiencias de vuelo sacó de un cajón del escritorio un libro firmado por él, *Estrategias para vencer el miedo a volar*, con la trompa de un Jumbo en la tapa, un video, *Recursos para vencer el miedo a volar*, en cuya tapa estaba ahora su propia trompa, y una serie de hojas impresas con el título de *Consejos prácticos para vencer el miedo a volar*. Esta vez, leyendo los títulos, mi impresión fue negativa (iba de “estrategias” a “recursos” y a “consejos”, un degradé bastante desconsolador).

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

- 1 7
- 2 17
- 3 24

SEGUNDA PARTE

- 4 31
- 5 44
- 6 53
- 7 81
- 8 105
- 9 123

TERCERA PARTE

- 10 145
- 11 157
- 12 173

ACERCA DEL AUTOR

SERGIO BIZZIO (Villa Ramallo, 1956). Novelista, dramaturgo, poeta, guionista y director de cine. Publicó las colecciones de poemas *Gran salón con piano* (1982), *Mínimo figurado* (1990), *Paraguay* (1995) y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín* (2008). Las novelas: *El divino convertible* (1990), *Infierno Albino* (1992), *Son del África* (1993), *Más allá del bien y lentamente* (1995), *Planet* (1998; interZona, 2004-2017), *En esa época* (2001), *Rabia* (2004), *Era el cielo* (interZona, 2007-2017), *Realidad* (2009), *Aiwa* (2009), *El escritor comido* (2010), y *Borgestein* (2012). Los libros de relatos: *Chicos* (2004), *En el bosque del sonambulismo sexual* (2013), y *Dos fantasías espaciales* (2014). Es autor de las obras de teatro *Gravedad* (1999; interZona, 2017), *La China* (1997; interZona, 2016) y *El amor* (1997); las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió la novela *El día feliz de Charlie Feiling* (2006). Dirigió las películas *Animalada* (2001), *No fumar es un vicio como cualquier otro* (2005) y *Bomba* (2013). Varias de sus novelas y relatos fueron adaptadas para el cine en la Argentina, Brasil, España y Francia. Ha sido editado y traducido en Inglaterra, Francia, Italia, Portugal, Israel, España, Uruguay, Brasil, Bélgica, Bulgaria, Holanda y Alemania.

**OTROS TÍTULOS DE INTERZONA
COLECCIÓN ZONA DE FICCIONES**

SERGIO BIZZIO

Chicos

Planet

Rabia

César Aira

Yo era una chica moderna

Yo era una niña de siete años

TOMÁS DOWNEY

Acá el tiempo es otra cosa

CARLOS GAMERRO

El libro de los afectos raros

HUGO SALAS

El derecho de las bestias

MATÍAS SERRA BRADFORD

El secreto entre los rusos

CECILIA SZPERLING

La máquina de proyectar sueños